

La nominalización de la experiencia del antisemitismo es rastreada no sólo en el espejo acaso obvio de la persecución, sino en los rebotes del exilio y el confinamiento en un *ghetto* no deseado pero impuesto, y finalmente metaforizado mediante una tranposición a obras literarias cuya enunciación hubiera resultado peligrosa para quienes la enunciaran. Las pinceladas de todas estas figuraciones resultan extensivos sememas de un nudo que el texto desata lenta pero inexorablemente.

Esta “genealogía” del fascismo y el nazismo en la República Argentina no sólo reviste una intervención editorial académica sino también visibiliza, como la punta de un iceberg, una zona de la experiencia social que pugna por sostener el *status quo* cultural. Soslayada, eludida, involucra prácticas sociales y, en especial, prácticas del lenguaje. Este libro escribe o, mejor, reescribe otro capítulo donde la palabra se lanza a enunciar y denunciar, a construir y deconstruir.

**Adrián Ferrero**

*Universidad Nacional de La Plata*

FRANCES STEWART (ed.): *Horizontal Inequalities and Conflict. Understanding Group Violence in Multiethnic Societies*. Hampshire/New York: Palgrave Macmillan, 2008.

Desde hace pocos años, los temas de la violencia, el conflicto y la militarización vienen atrayendo las reflexiones de un creciente número de estudiosos sociales. Desde luego, estos no son temas que fascinen en exceso, como sí lo hace la cultura y sus estudios, predilectos de la mayoría de los académicos. Más allá de su presunta estética o mera popularidad, hay que reconocer que los estudios de la violencia pueden resultar repulsivos, mas no se puede negar que en ellos la cultura juega un papel central. Los conflictos suscitados entre grupos cohesionados en torno a expresiones culturales o con status culturales encontrados son los más claros indicios de dicha confluencia. Justo de ellos tratan los catorce capítulos del libro editado por la economista Frances Stewart, de la Universidad de Oxford, y debidos a otros tantos autores adheridos al Centre for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity y que, en conjunto, demuestran que la cultura actúa como un factor detonante del conflicto, siempre que se le asocie a una percepción aguda de las desigualdades horizontales. Porque las desigualdades verticales y horizontales pueden reproducirse sin motivar ninguna violencia, del mismo modo que las sociedades multiétnicas o multirreligiosas pueden convivir de forma pacífica por largos períodos. La cuestión es cuándo las diferencias culturales devienen en un enfrentamiento violento.

La pregunta no es solo académica. Las cifras brindadas por Stewart en su introducción, y según las cuales entre 1953 y 2005 los conflictos étnicos han crecido del 15 al 60% de todos los conflictos mundiales, significan que el uso de la identidad cultural como arma política es un signo característico de nuestros días. Otro ingrediente no menos impresionante es que muchos de estos conflictos tienen al Estado-nación como un actor principal (de hecho se suele pensar que esa es la única modalidad de conflicto étnico), pero también es cierto que no siempre es así. Los conflictos comunales suelen ocurrir al interior de un mismo grupo étnico, y no por ello dejan de ser menos violentos, aunque se trate de una lucha fratricida. Muchas naciones, por cierto, surgieron de cruentas “guerras entre hermanos”. En México, Perú e Indonesia persisten esta clase de conflictos al interior de su diversidad étnica, que parece disgregarse aún más.

El libro de Stewart y compañía no evade el asunto nacional, como tampoco el comunal, según demuestra con creces el estudio de Luca Mancini sobre Indonesia. No obstante, al centrar su atención en las desigualdades horizontales entre grupos culturales interactuantes, es inevitable que haya una orientación nacional común de todos los grupos ubicados en un mismo contexto social, que es el supuesto que permite su medición o simple postulación. Indirectamente, el asunto está puntualmente planteado en el capítulo de Matthew J. Gibney, a propósito de los principios democráticos que deben imperar en la constitución de la ciudadanía en un mundo de Estados-nación que los siguen coartando con su sola exclusividad. Ello explica también que hacia el final del libro, en el capítulo de políticas públicas hacia las desigualdades horizontales (debido a Stewart, Graham K. Brown y Arnim Langer) se aborden varias cuestiones que pocas veces se encaran bajo la visión dualista de política multicultural, como lo es una cierta disposición favorable para las políticas integrativas que aminoran la fuerza de los conflictos, y que suponen que el Estado-nación obra buscando la reducción de los aspectos más salientes de la etnicidad, al revés de las políticas de reconocimiento que incluso los estimulan. Sin oponer a unas y otras, es claro que algún poder debe accionar buscando la integración y, al mismo tiempo, el reconocimiento. Todo parece indicar que el caso de Malasia es el más característico de este equilibrio en tales políticas sociales. Después de todo, la persistencia de las desigualdades horizontales puede endurecer los límites grupales y atrapar a sus miembros en etnicidades o racializaciones desventajosas, que mantienen las mismas desigualdades que quieren eliminar. Bien conocido es el caso del racismo sudafricano, no del todo cancelado por el discurso multicultural, y que sigue planteando el asunto de una integración o “incorporación adversa” en las nuevas reestructuraciones del mercado laboral “negro”.

Entonces, la hipótesis central del libro, y sus estudios de caso en África, Asia y Latinoamérica, es que la expresión aguda de las desigualdades horizontales

(aquellas desigualdades que se advierten entre grupos culturalmente constituidos, con variadas dimensiones socioeconómicas, políticas y culturales mismas) predispone al conflicto violento cuando coinciden la percepción subjetiva y la expresión política de las identidades grupales, en especial en las élites dirigentes de los grupos privados de reconocimiento. No se habla, por lo tanto, de cualquier violencia, sino sólo de la que involucra la desigualdad horizontal y la movilización política. Esto puede ocurrir en economías desarrolladas, pero es más probable que suceda en las economías retrasadas, donde el bienestar es reducido y las desigualdades importan más a las masas y sus dirigencias.

Vale agregar una digresión pertinente dado que economistas del desarrollo como Frances Stewart han resuelto de modo muy práctico y sin sombra de turbación lo que, equivocadamente, numerosos estudiosos conciben como mutuamente excluyentes. Me refiero a las adscripciones étnicas y de clase. Hasta donde conozco, éste es un prejuicio muy arraigado en Latinoamérica, probablemente debido a que las desigualdades horizontales y las diferencias de clase tienden a sobreponerse, y a veces a conjugarse, pues su estructura de clases tuvo expresiones étnicas muy características desde la época colonial. Por fortuna, otros especialistas nunca prescindieron de los conceptos que aprehendían la desigualdad (rango, esclavitud, estamento, castas y clases) y lejos de quedar seducidos por la cultura como sustituto de la desigualdad o del desorden, la integraron de modo muy creativo como un factor más a sus análisis no discretos. Frances Stewart y sus investigadores han introducido un enfoque que aduce que los grupos definidos culturalmente también están sujetos a desigualdades y tensiones, pero es obvio que las propias desigualdades horizontales sirven a los intereses de grupos dominantes, que pueden ser las clases económicas tan repudiadas por el multiculturalismo.

Pero al resaltar estos conceptos no debe caerse en la creencia de que hay que retornar a la determinación económica de los conflictos. Stewart y asociados prefieren hablar de la economía como una “condicionante” del conflicto. Ello no es suscribir del todo el subjetivismo, pero tampoco rechazarlo. Por lo demás, sus cálculos y fórmulas, característicamente econométricos o sólo estadísticos que ocupan tres capítulos del libro, demuestran que el cometido objetivista existe, pero sin sobredeterminar el análisis del todo. A su vez, es una exigencia simultánea conocer las autoadscripciones grupales, las propias distinciones o a las elecciones subjetivas, ya que para sopesar la importancia y dinámica de las desigualdades horizontales en un país, hay que clasificar primero a los grupos identitarios más relevantes, procedimiento no siempre sencillo pues puede haber clasificaciones alternativas, o algunas en verdad debatibles como la de “los mestizos” en Latinoamérica, que no son ni un grupo étnico ni un grupo cultural y que Corinne Caumartin, George Gray y Rosemary Thorp eligen abordar mejor como

un grupo “no indígena” para los casos de Bolivia, Guatemala y Perú. El asunto está lejos de ser agotado, porque la voz *mestizo* tuvo connotaciones de casta o, más bien, de un grupo deletéreo que vino a corromper la pretendida “pureza de sangre” tanto de la nobleza colonizadora como de la nobleza indígena avasallada.

Arribamos así a la tercera parte que reúne los capítulos regionales, en que se apeló a los estudios de caso nacionales – tres en África, uno de Asia y uno de Latinoamérica, aunque subdividido en tres países-- a través de un análisis global (comparado) que combina la economía política, la econometría y los enfoques históricos y antropológicos. Gracias a este esfuerzo sistémico, su argumentación es más sofisticada para decir que donde las desigualdades horizontales son más fuertes es más probable que estallen en un conflicto, pero que se precisa de la consistencia entre lo económico y lo político, amén de que la desigualdad cultural pueda disparar el conflicto. De los tres casos latinoamericanos llama la atención la débil expresión política partidaria de la etnicidad –Bolivia y Ecuador siguen siendo una excepción a la regla- y que en todos los casos los actores recurran a una mezcla de ideologías de clase y de etnicidad. ¿Por qué los grupos radicales de clasificación mestiza son los que consiguen movilizar a los indígenas? La pregunta sobresalta. Mucho más paradójica resulta la conclusión de que los países que han experimentado rebeliones indígenas recientes son también los que poseen las políticas indígenas más débiles, lo contrario de países donde ha predominado el acomodo político y donde la política indígena aparece más consolidada. En suma, el libro está repleto de ideas discutibles pero estimulantes para la indagación futura. Pero otra vez, esta percepción no agota en absoluto la riqueza, la finura y la amplitud de miras de todo el contenido.

**Luis Vázquez León**

*CIESAS de Occidente, México*

**NIELS BARMAYER: *Developing Zapatista Autonomy. Conflict and NGO Involvement in Rebel Chiapas.*** Albuquerque: University of New Mexico Press, 2009.

La cuestión de autonomía, frecuente e importante en el discurso, estrategias y prácticas del EZLN, ha sido objeto de un sinnúmero de debates políticos e intelectuales en México. Sin embargo, el análisis de la reivindicación de los indígenas de Chiapas por ejercer su derecho a la autodeterminación se dificulta, entre otros motivos, por el dinamismo de un proceso que está lejos de ser definido, lo cual obliga a evitar juicios conclusivos prematuros.

En ese sentido, el libro de Barmeyer se antoja ambicioso por las diversas temáticas que aborda en nueve capítulos: después de un capítulo dedicado al